

17029.03



**ORGANIZACION PANAMERICANA DE LA SALUD - OPS
CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA - CELADE
CENTRO INTERNACIONAL DEL ENVEJECIMIENTO - CIE**

**TALLER SOBRE POLITICAS DE ATENCION A
LOS ANCIANOS**

SANTIAGO DE CHILE, 2-6 DE NOVIEMBRE DE 1992

**CRISIS, SOCIEDAD Y TERCERA EDAD
OMAR J. ARGUELLO**

**CELADE - SISTEMA DOCPAL
DOCUMENTACION
SOBRE POBLACION EN
AMERICA LATINA**

17029.03
(42854)



CRISIS, SOCIEDAD Y TERCERA EDAD

Este documento fue preparado por el señor Omar J. Arguello, consultor de CELADE, para ser presentado al Taller sobre Políticas de Atención a los Ancianos, organizado por OPS/CELADE/CIE, del 2 al 6 de noviembre de 1992, en Santiago de Chile.

Las opiniones expresadas en este documento son de la exclusiva responsabilidad del autor y pueden no coincidir con las de la Organización.


900022468 - BIBLIOTECA CEPAL

SOCRE POBLACION EN
AMERICA LATINA

INDICE

	Página
I. INTRODUCCION	1
II. LOS EFECTOS ECONÓMICOS Y SOCIALES DE LA CRISIS SOBRE LA TERCEA EDAD	3
III. CRISIS, AJUSTE Y MODELO DE DESARROLLO	9
IV. LOS CAMBIOS SOCIOCULTURALES Y LA CALIDAD DE VIDA DE LA TERCERA EDAD	14
V. HACIA LA REINCORPORACIÓN PLENA DEL ADULTO MAYOR A LA SOCIEDAD	16

I. INTRODUCCION

Este documento se propone una reflexión en torno a las consecuencias que sobre la tercera edad tiene la crisis socioeconómica que vivieron los países de la región en la década pasada e intenta proponer un cuerpo de ideas que deberán irse corrigiendo, profundizando y operacionalizando en políticas, para que este subgrupo poblacional enfrente mejor la década presente.

La crisis es un fenómeno que le ocurre a la sociedad global, manifestándose dicha crisis sobre los diferentes grupos y categorías sociales en forma particular y no igualitaria. Pensamos que una reflexión profunda sobre cualquier grupo o categoría de actores sociales no puede hacerse sin una reflexión de la sociedad global que los contiene y los determina. Cualquier intento de resolver los problemas de un determinado grupo o categoría social, sin atender los problemas de funcionamiento de la sociedad global será un esfuerzo de corto aliento.

Por eso, este documento pretende avanzar en una nueva (y vieja a la vez) perspectiva de aproximación al tema: como una mirada desde la sociedad. Por eso también pone más énfasis en las ideas que en datos (lo que por supuesto no se supone incompatible). El trabajo de Iris Corbalan aporta abundante y sólida información demográfica cuantitativa; los aportes de la O.P.S. dan buena cuenta de la situación de salud de la tercera edad; los trabajos de la O.I.T. informan de la problemática del empleo y la seguridad social en las personas de mayor edad; los aportes de los representantes de países pueden abundar en información de cada una de sus realidades nacionales. Por eso, porque la información que necesitaríamos en gran parte no está registrada y por la falta de tiempo para recoger la existente, este documento quiere reflexionar sobre la tercera edad, construyendo muchas de sus ideas en base a supuestos y en forma de hipótesis, las que podrán servir de base para proyectos de investigación o para debates que orienten la acción de los gobiernos nacionales o locales.

La premisa principal, que condicionará cualquier otra sobre el tema, dice que debe revisarse la práctica de analizar los efectos de la crisis sobre subgrupos específicos, privilegiando los efectos más o menos directos sobre los mismos, para pasar a un análisis de esos efectos sobre la organización y funcionamiento de la sociedad (esto es, sobre las redes de interacción del conjunto de los grupos sociales), que condiciona la particular relación entre los mismos y la responsabilidad que la sociedad asigna a cada grupo dentro de la crisis.

Otra premisa que deberá tenerse en cuenta en los análisis para la formulación de políticas sociales respecto de la tercera edad, dice que en cuanto agrupamiento de personas unidas por una característica etaria, se aproxima más a una categoría social que a un grupo social (distintos subgrupos dentro de la tercera edad pertenecen a diferentes grupos sociales, sin perjuicio del desafío que presenta para los científicos y los políticos el de reconstruirlos como un actor social unificado o unificable).

Una tercera premisa de orden teórica-metodológica apunta a cuestionar la definición del adulto mayor como la unidad de análisis cuando se analiza su situación social. A nuestro juicio, la unidad de análisis, y tan importante como eso, la unidad de acción, debiera ser la familia que contiene a uno o más miembros en edades avanzadas. Sin perjuicio de algunos aspectos puntuales, la consideración social; y aún la consideración médica debe tomar a la familia como la unidad analítica y operativa más importante.

II. LOS EFECTOS ECONÓMICOS Y SOCIALES DE LA CRISIS SOBRE LA TERCEA EDAD

Antes de buscar las raíces estructurales de la crisis y relacionarla con el aspecto específico de la tercera edad, en la perspectiva de análisis esbozada en el punto anterior, haremos ahora el ejercicio de mostrar algunos efectos de la crisis económica y social que viene sufriendo la generalidad de los países de la región.

La crisis ha sido tan aguda que llevó a muchos a llamar a la década pasada, quizás con algo de exageración, la "década perdida". A las insuficiencias productivas se agregaron las deudas sociales, y esto ha quedado registrado en abundantes trabajos de la CEPAL, del PREALC, de UNICEF, de la OIT, de la OPS y otros. Pero también ha habido un aspecto menos estudiado pero igualmente grave en términos sociales: nos referimos al daño enorme que significa la ruptura del tejido social, que ha provocado una fuerte lesión al sentimiento de solidaridad, a la incorporación de los otros en los proyectos sociales y personales, a la falta de un sentido de "comunidad" que se hace sentir en relación a varios grupos o categorías sociales, pero que es muy nítido en el caso de la tercera edad.

En lo económico esta crisis se ha manifestado en recesión o escaso crecimiento, lo que se reflejó en fuertes tasas de desempleo y en reducción de la participación de la fuerza del trabajo en el fruto de la producción, con caídas serias del salario. ¿Cómo afectó esto en la tercera edad? De varias maneras: 1) en primer lugar, en las posibilidades de ocupación productiva y remunerada de estas personas de la tercera edad; 2) una menor producción de riqueza, que influirá en la distribución, aún desigual que se hace en el capitalismo, junto a una menor recaudación impositiva que afecta la capacidad de redistribución del Estado a través de los diversos sectores sociales; 3) la menor ocupación de los adultos jóvenes en edad activa, que influye sobre la relación activos-pasivos, afectando el financiamiento de los sistemas previsionales de reparto; 4) mayor pobreza familiar, lo que afecta las posibilidades de la familia de mantener a los miembros de mayor edad de la misma (este cuarto aspecto se vinculará con las repercusiones de la crisis sobre los aspectos culturales, sobre los lazos de solidaridad y sobre los hábitos familiares y las relaciones intergeneracionales que sufre la tercera edad.

En cuanto al primero de los aspectos económicos señalados, aún cuando se espera que a esta edad las personas comienzan a gozar de sus derechos jubilatorios y por lo tanto el tema de la desocupación no debiera alcanzarlos, no es así. La tasa de participación económica es relativamente alta en la mayoría de los países de la región, aún en personas de 65 y más años de edad; esto aparece con

menor peso en los países de mayor desarrollo relativo (o si se quiere de menor subdesarrollo relativo) como es el caso de Argentina y Uruguay.

Estimaciones de la OIT daban estas tasas de actividad en ese grupo de edades, para el año 1990: Uruguay, total: 6,82; hombres: 12,81 y mujeres: 2,39. Para Argentina, 7,19; 14,09 y 2,12 respectivamente. Para Chile, 11,30; 21,60 y 4,00 respectivamente. Para Brasil, 15,55; 28,27 y 4,18 respectivamente. Para Costa Rica, 19,56; 38,89 y 2,56 respectivamente. Para México, 32,56; 55,54 y 14,05 respectivamente. En cuanto a los países más desarrollados, como Canadá, Estados Unidos y el conjunto europeo, tenemos las tasas siguientes: totales 7,89; 10,50 y 5,91 para cada país y grupo de países; hombres 12,94; 17,37 y 9,96 para los mismos casos; y para las mujeres, 4,24 en Canadá; 5,87 en USA y 3,31 para el conjunto de países seleccionados de Europa: Polonia, Hungría, las dos Alemania antes de unificarse, Francia, Suecia, Inglaterra y la URSS. (International Labour Office, "The ILO and the elderly", Geneva, 1992).

Como surge de esas estimaciones, la tasa de actividad es mayor de lo esperado para personas de 65 y más años. Dichas tasas son el resultado de dos fenómenos diferentes: la necesidad económica de trabajar pese a la avanzada edad y la vocación o necesidad psíquica de mantenerse activo, o la conjunción de ambas necesidades. La separación de esas dos necesidades es importante pues destaca dos falencias diferentes de la sociedad: por un lado la incapacidad de asegurar un descanso digno a las personas de mayor edad; por otro, la incapacidad de crear espacios laborales para que esas personas puedan seguir sintiendo que participan, que están realmente vivos y que conservan un claro lugar en la sociedad.

Afortunadamente, una valiosa encuesta levantada por la OPS en conjunto con varios países de la región, permiten un análisis profundo de este tema. En un trabajo que hicimos tiempo atrás en CELADE con la colaboración de Iris Corbalan y Valeria Ramirez, analizamos la situación para Argentina (CELADE, "Argentina: situación y necesidades de la tercera edad. Algunas ciudades seleccionadas", Santiago de Chile, 1989).

Ese estudio destaca que en el grupo de 65 a 74 años, trabaja el 16,2 % de los hombres y el 6,8 % de las mujeres cuando el nivel educacional de los mismos es bajo; mientras trabaja el 38,4 % de los hombres y el 3,1 % de las mujeres, cuando tienen un nivel educacional alto. (Cuadro IV-10 de ese estudio). De las personas que están ocupadas, el 85,4 % tiene necesidad económica de hacerlo (Cuadro IV-1 del mismo estudio), lo que es casi uniforme para cualquier nivel educacional (Cuadro IV-2 del estudio citado), encontrándose alguna diferencia por grupo ocupacional, dado que mientras el 92,4 % de los obreros no agrícolas dicen que necesitan trabajar, entre los profesionales y directivos, manifiestan esa necesidad el 71,1 % (Cuadro IV-6 del mismo estudio).

Sin embargo, esto no permite concluir que estas personas de edad avanzada están "condenadas" a trabajar, ya que en su gran mayoría (casi el 100 %) dicen que si bien necesitan trabajar, también les gusta hacerlo. (Cuadro IV-7 de ese estudio). Finalmente, en cuanto a los que buscan trabajo y la sociedad no se los provee, esto ocurre en proporciones muy bajas: 4,4 % de la población total encuestada, siendo la más alta la de los hombres de 60 a 64 años con bajo nivel educacional: 19,6 % muy diferente a la del mismo grupo de edad pero con nivel alto de educación 1,1 % (Cuadros IV-9 y 10 del estudio que estamos citando). Esta última información permite observar una fuerte discriminación del mercado de trabajo en contra de los menos calificados.

Las conclusiones que sacamos para el caso argentino pueden repetirse para cada uno de los trece países en los cuales se levantó la encuesta de la OPS. La riqueza de esta información tiene el inconveniente de ser un punto en el tiempo y por lo tanto no permite hacer comparaciones, lo que no nos entrega elementos para medir el efecto de la crisis de la década de los 80. Pero se cuenta para ello con datos censales decenales y otras encuestas de los países y de organismos regionales como PREALC, cuyo tratamiento solamente requerirá la separación por grupos etarios acordes con nuestro interés.

Con esta misma perspectiva pueden desarrollarse reflexiones, fundadas en datos y resultados de estudios publicados, respecto los otros aspectos económicos de la crisis sobre la tercera edad, ya mencionados.

La caída de la producción y los problemas económicos asociados a la misma significan hechos muy graves para el bienestar de los ancianos: menos riqueza para repartir, menos impuestos a recaudar y menos recursos en general para la salud, la seguridad social y otros satisfactores de las necesidades de la tercera edad. Todo esto resiente la capacidad de la sociedad (y del Estado como su organismo institucionalizado para el majeo de los intereses comunes de la población) para atender la subsistencia económica de la tercera edad.

Asimismo, la mayor desocupación y los menores salarios para los adultos en edades activas, resienten fuertemente la relación activos-pasivos, y el valor de los aportes, poniendo en jaque los precarios sistemas jubilatorios, además de crear dificultades complementarias a los grupos familiares que venían haciéndose cargo de sus adultos mayores brindándoles casa, comida, vestimenta, remedios y otros satisfactores de sus necesidades básicas.

Estas reflexiones nos llevan a insistir sobre la importancia de incorporar los problemas de la producción al campo de las políticas sociales en general, y sobre la tercera edad en particular. Sin una reactivación económica no hay posibilidades de satisfacer las necesidades de todo tipo que tiene la tercera edad.

Es necesario superar una división entre lo económico y lo social que lleva a confundir respecto de la posibilidad de proponer políticas sociales con independencia de los logros económicos. Los científicos sociales no debemos circunscribirnos al estudio y propuestas sobre temas distributivos que hacen abstracción de los obstáculos y condicionantes del proceso productivo. Tampoco debemos abandonar la tarea de velar que la reactivación económica se traduzca efectivamente en buenas políticas sociales, ya que es sabido que la producción no significa automáticamente buena distribución.

Los efectos de la crisis en el campo de lo social no ha sido menos grave que lo ocurrido en lo económico (lo que no podía ser de otro modo si todo lo que venimos sosteniendo de la dependencia de lo social respecto de lo económico es correcto). Sin embargo, esa dependencia no borra ciertos márgenes de autonomía relativa de lo primero sobre lo segundo, y esto se ha afirmado en varios trabajos sobre el tema de la crisis social en la región.

La División de Desarrollo Social de la CEPAL, en un documento reciente sobre las principales tendencias sociales en la década de los ochenta, consigna datos a través de los cuales puede observarse que pese a la crisis regional, algunos países han realizado esfuerzos compensadores dentro del gasto público, como en el caso de la salud. "De los 17 países que entre 1980 y 1987 muestran signos negativos en el índice de la variación acumulada de las tasas anuales de crecimiento del producto ... cuatro (Trinidad y Tobago, Panamá, Paraguay y Honduras) exhibieron aumentos significativos, - entre 38% y 80% - del porcentaje del gasto público en salud sobre el total del gasto público. Otros dos (Jamaica y Perú) mostraron aumentos muy pequeños - entre 2 y 4% - mientras que los once restantes países presentaron descensos que van del 3% al 60% (Argentina y Costa Rica)¹.

Según el mismo documento, aún en áreas donde no ha sido posible la mantención de ciertos niveles totales de gasto, como es el caso de la Educación, la misma "continuó aumentando sus logros cuantitativos respecto a los decenios anteriores, manteniendo la meta alcanzada en los '60 y '70 de una matrícula primaria que en la mayoría de los países se ubica alrededor del 100%, incrementado las tasas de transferencia de educandos de la primaria a la secundaria, y aumentando la proporción de matriculados en la enseñanza del segundo y tercer nivel." (pág. 17). Esto sin perjuicio de problemas como posibles pérdidas de calidad de la enseñanza, no homogéneas dada la aparición de circuitos educacionales estratificados. En aquellos logros también influye el incremento de la educación en establecimientos privados.

¹ CEPAL (1989), División de Desarrollo Social, **América Latina en los ochenta: Principales tendencias sociales.** LC/R. 843 (pág. 13).

Otros datos referidos a descensos en las tasas de mortalidad infantil ratifican una vez más las posibilidades abiertas a los buenos administradores de la cosa pública para producir mayores impactos sociales con iguales recursos presupuestarios.

Gasto en Salud y Mortalidad Infantil en Costa Rica, Chile y Guatemala. (Promedios decenales entre 1960 y 1986)

	Gasto en Salud (a)			Mortalidad infantil (b)			(b)/(a)		
	Costa Rica	Chile	Guatemala	Costa Rica	Chile	Guatemala	Costa Rica	Chile	Guatemala
1960-69	232.3		17.5	71.0	100.0	91.0	0.34		5.63
1970-79	536.7	72.2	30.0	39.8	60.2	76.9	0.08	0.72	2.59
1980-86	466.5	71.3	35.4	19.0	23.4	60.9	0.04	0.34	1.94

Fuente: Tomado de Bravo, J. (1991), *Economic Crisis and Mortality: Short and Medium Term Changes in Latin America*, documento presentado a la Conference on The Peopling of the Americas, Veracruz, México, CELADE, Santiago.

Los datos de este cuadro muestran que los países incluidos en el mismo presentan éxitos muy diferentes en cuanto a preservar vidas de infantes, dada una misma cantidad de recursos financieros. La comparación en el tiempo dentro de cada país muestra también la relativa independencia de la mortalidad infantil respecto de lo que se gaste en el sector salud. La relación entre las muertes de infantes y el gasto en salud a través del tiempo, muestra como va descendiendo significativamente la tasa de muertes por mil, por cada unidad de la moneda local gastada en salud. (En la medida que el dato se expresa en moneda local, las relaciones no son comparables entre países). El cociente para Costa Rica en la década 1960--1969 era de 0.34, mientras que esa relación entre mortalidad infantil y gasto en salud pasa a sólo 0.04 para el mismo país en el período 1980-1986. Guatemala, con una eficacia aparentemente menor que Costa Rica en el uso de esos recursos, también mejora mucho en el uso de los mismos, pues el referido cociente que en la década 1960-1969 era de 5.63 pasa a 1.94 en el período 1980-86. Cuando se comparan las dos últimas décadas, Chile aparece como el país que más ganancias obtuvo en cuanto a reducir la mortalidad infantil por unidad de moneda local gastada en salud.

Estos datos y muchos otros sobre el mismo tema muestran que todavía es mucho lo que puede hacerse en los programas de reformulación del Estado y de "ajustes" en los gastos públicos. Con todo, lo anterior no invalida la necesidad de nuevos recursos para atender las demandas sociales de los diferentes grupos o categorías sociales. Muchos científicos sociales, alejados de las exigencias concretas de la administración efectiva del aparato del Estado, suelen proponer como solución a la insuficiencia de recursos, la creación de nuevos impuestos. Esto es válido mientras no se llegue a límites que desalienten las inversiones, pues el

descenso de éstas no solamente significa nuevos retrocesos en la capacidad del Estado para atender servicios sociales, sino también significan menos puestos de trabajo, menos ingresos reales y una pobreza generalizada, con las consecuencias que todo esto trae para la tercera edad, entre otros.

Dado que muchos de nuestros países ya están hace años en una situación semejante a la señalada, y dado que los capitales encuentran una gran facilidad para dirigirse a otros mercados con menores cargas impositivas y menores trabas a su desempeño, es altamente recomendable que tanto los científicos sociales como los administradores públicos, pongan mucho énfasis en un aumento en la eficiencia y eficacia de la percepción y del uso de los recursos para las políticas sociales, teniendo en cuenta las dificultades y hasta los peligros de un aumento nominal de la carga impositiva que finalmente se elude en gran parte, dada la ineficiencia recaudatoria que tolera altos porcentajes de evasores.

III. CRISIS, AJUSTE Y MODELO DE DESARROLLO

A nuestro juicio, el tipo de análisis esbozado en el punto anterior, con toda la riqueza informativa que ofrece, presenta insuficiencias para una comprensión integrada de los problemas de la tercera edad (como la de cualquier otro grupo o categoría social). Estos problemas no pueden ser aprehendidos en su integralidad y significación sino se comprenden los obstáculos estructurales al funcionamiento productivo y distributivo de la sociedad. Y si la comprensión de aquellos problemas no es adecuada, tampoco lo será la capacidad de proponer políticas que resuelvan los problemas de esos grupos o categorías sociales.

Por ello, y sin perjuicio de algunas políticas que apunten a la atención directa de aspectos específicos de la problemática de la tercera edad, creemos necesaria la comprensión de la crisis y de sus causas para estar en condiciones de proponer una política o plan de acción integral que contemple la situación de uno de los grupos o categorías sociales que padecen los efectos de esa crisis. Las personas mayores hacen parte de otras categorías y estructuras, como las familiares, económicas, sociales, culturales y otras, de manera que lo que pasa en esas estructuras les pasa a ellas, en mayor o menor medida. Y para mejorar la situación de la tercera edad, algo tiene que ocurrir con esas familias y grupos sociales, y con la relación entre los mismos, así como con las características política-organizativas y culturales de la sociedad. Esto nos lleva a una perspectiva estructural del análisis y de las propuestas de políticas.

No ignoramos corrientes teóricas donde los actores sociales parecen independizarse de las estructuras sociales, con una concepción atomizada de los elementos constitutivos de la sociedad. No nos parece una perspectiva fructífera para el análisis de los problemas sociales, ni un buen punto de partida para la propuesta o el diseño de políticas sociales para el conjunto de la sociedad ni algún grupo poblacional en particular.

Esto no debiera llevarnos a caer en el "determinismo" de algunos seguidores ingenuos del materialismo histórico, severamente criticados por pensadores como Antonio Gramsci, en sus "Cuadernos de la cárcel" al rechazar el determinismo económico a ultranza. Esta relación entre los actores y la sociedad ha quedado más clara a partir de las contribuciones de Plejanov en relación al "papel del individuo en la historia".

No hay dudas que ciertos actores o grupos sociales pueden independizarse relativamente de la estructura y aún pueden romper, no sólo sus ataduras a la misma, sino también modificar

drásticamente esas estructuras. Pero generalmente, como dijo Marx, el hombre es el autor de la historia pero en condiciones que no elige. Para el tema que nos ocupa estas reflexiones nos parecen cruciales. Cuando conozcamos las causas de las deficiencias estructurales de la sociedad, podemos atacarlas y de esta manera crear las condiciones necesarias para actuar sobre la tercera edad. Esta condición necesaria no será suficiente por supuesto, y ahí el papel de las políticas sociales específicas para este grupo poblacional.

Es mucho lo que se ha escrito sobre los diferentes aspectos de esta crisis que sufren los países de la región; en muchos casos con criterio científico y en muchos otros con simplificaciones ideológicas. Sin embargo, pareciera que lo más logrado es el estudio de los resultados de esa crisis, cuantificado en los estudios sobre pobreza; insuficiencias en la satisfacción de las necesidades básicas; las cifras de la deuda social en la década pasada; deterioro de los diferentes servicios sociales y en la calidad de vida de la población; etc. No abundaremos sobre esto, dado el cúmulo de material publicado al respecto.

Pero todo esto significa una buena construcción de la variable dependiente o explicada, pero muy pocos avances en la explicación del fenómeno. Dicho metodológicamente, no están probadas cuáles han sido las causas de esta deteriorada situación social (más allá de asociaciones estadísticas entre diferentes fenómenos socioeconómicos, que nunca pueden pretender la prueba de una relación causal) ni han sido relevadas las variables (o red interactiva de variables) independientes o explicativas.

Podría decirse que el trabajo técnico y científico estuvo reservado para la construcción de la variable dependiente, mientras se ha echado mano de la simplificación ideológica (de ambos bandos) para "explicar" las causas que llevaron a esa deteriorada situación social en los países de la región. Es muy grande la deuda que tenemos los científicos sociales con la sociedad y con cada uno de sus grupos o categorías sociales.

Parafraseando la respuesta de Marx, con su "Miseria de la Filosofía", a la "Filosofía de la Miseria" de Proudhon, es hora de reflexionar sobre la pobreza de la sociología, de la economía, de la politología y otras disciplinas, para comprender los fenómenos de la pobreza y otras tantas carencias de varios segmentos sociales de la población, más allá de nuestros logros intelectuales en relación a la cuantificación de la pobreza, calidad de vida, deuda social, etc.

Debemos pensar cuanto influye sobre esta "pobreza de la sociología" en torno a estos temas, la opción ideológica de definir como campo propio de esta disciplina, la problemática relacionada con la distribución de los bienes y servicios productos del Desarrollo, dejando poco espacio para el análisis de los procesos

económicos y para las raíces estructurales productivas de los problemas sociales estudiados. Curiosamente, esta supuesta perspectiva "progresista" no puede alejarse más de la perspectiva del materialismo histórico, que ha hecho del "modo de producción" su categoría teórica de mayor nivel de abstracción y de mayor capacidad para la comprensión de la sociedad y de las relaciones entre los grupos sociales, así como de la "estructura productiva", su categoría analítica más iluminadora.

Este sesgo ideológico llevó a la simplificación de que la crisis habría sido desatada por el endeudamiento externo y a que la solución a la misma pasaba por el no pago de la deuda externa. Cualquiera fuera el grado de verdad de ese diagnóstico y de esa propuesta, ambos están ya superados por la historia. Hoy se considera "resuelto" ese problema; nadie habla de no pagar esa deuda y las carencias están ahí con una vigencia que asusta y nos obligan a buscar otras explicaciones y sobre todo, otras propuestas.

Ligado a lo anterior, muchas veces se escucha (o lee) que los problemas nacen del ajuste que hicieron los gobiernos de casi todos los países de la región. Aún en muchos trabajos serios de reconocidos científicos sociales se asocian los problemas de la pobreza y otras insuficiencias sociales, al ajuste. Es cierto que no siempre se lo presenta como una conclusión de investigaciones sobre el tema, pero en el discurso reflexivo se va asociando ambos fenómenos como si uno se correspondiera "naturalmente" al otro (Bustello e Isuani, "El ajuste en su laberinto").

Sobre este tema del ajuste algo hay que decir, aún cuando éste no sea el espacio adecuado para abordarlo y su estudio sea una de las tareas pendientes y que pronto debiéramos acometer. En la propuesta de tareas que debiéramos discutir como imprescindibles para llegar a un buen diseño de políticas para la tercera edad, ésta será quizás la primera en orden temporal.

Algo debe decirse, particularmente, porque esta es la causa más esgrimida actualmente para explicar las carencias de diversos grupos y categorías sociales, entre otros, de la tercera edad. Y porque si se confunde la causa, aunque sea parcialmente, será difícil acertar en el cuerpo de políticas para enfrentar el problema.

A nuestro juicio hay pocas dudas respecto de la necesidad de hacer el tal ajuste: el mal manejo por parte del Estado de la mayoría de los países de la región, no sólo de las variables macroeconómicas, sino también de los recursos para atender las políticas sociales, es hoy un hecho que solo se niega en las declaraciones públicas proselitistas, pero que ya se lo reconoce en cualquier conversación privada de los estudiosos o dirigentes de partidos políticos no anquilosados en su pensamiento.

El ajuste, entendido como reacomodamiento de las variables macroeconómicas a la nueva realidad del mercado internacional y como una mayor austeridad en el gasto público, que debe ser manejado con honestidad, transparencia, eficiencia y eficacia, parece una condición necesaria, aunque no suficiente, para superar la crisis que viven las sociedades latinoamericanas.

Este momento es oportuno para señalar la simplificación del sesgo del otro signo ideológico, cuando parecía sostener que haciendo el ajuste ya se había resuelto el problema.

Los desequilibrios fiscales producidos por exceso de gastos y grandes deficiencias en la recaudación impositiva; hiperinflaciones; subsidios; falta de inversiones públicas y privadas; manejo discrecional del poder y de los recursos; junto con una notoria deficiencia y falta de transparencia en el manejo de los gastos, eran realidades que no podían (ni debían) esconderse y que no podían continuar sin una quiebra total del Estado y de las instituciones republicanas.

Por eso, y por muchas otras argumentaciones que podrían agregarse, el ajuste era necesario. Algo distinto son las condiciones que puedan imponerse desde el exterior, y sobre todo, las cargas diferenciales de ese ajuste para los diversos grupos o categorías sociales. La discusión de estos aspectos nos parecen mucho más relevantes y pertinentes que discutir si el ajuste debía hacerse o no (polémica que también ha sido superada por la historia). Como tarea para los científicos sociales queda la deuda de aportar conclusiones de investigaciones empíricas sobre el papel del ajuste en la crisis latinoamericana y en las consecuencias que ésta tuvo sobre vastos segmentos sociales.

Dejando de lado la afirmación que hace la derecha de que el ajuste es la solución a los problemas de la crisis (puede ser necesario y por tanto parte o condición de la solución, pero no la solución misma), será necesario investigar si el ajuste fué la causa de estos problemas, o si la causa estuvo en el modelo populista de desarrollo con los problemas macroeconómicos y de ineficacia administrativa denunciados con insistencia. Para ello hay ciertas reglas metodológicas básicas, como el criterio del "grupo de control", esto es, observar si países que no hicieron el ajuste están mejor que los que lo hicieron, controlando en lo posible el resto de las variables en juego; o ver si los que están peor socialmente son aquellos que hicieron un ajuste más profundo.

Nosotros manejaríamos la hipótesis de que el ajuste fué una consecuencia de un modelo económico social obsoleto frente a las nuevas condiciones de la economía mundial, y que ahí deben buscarse las causas de los problemas sociales de la tercera edad y de otros grupos poblacionales. (Sin perjuicio de discutir las condiciones del ajuste y las diferencias en las cargas que los diferentes grupos debieron soportar). Esto tiene importancia, pues si las causas de

la crisis y de la deuda social está en la estrategia de desarrollo que habría quedado obsoleta, habría que concluir que para ocuparse en profundidad de los problemas de la tercera edad hay que revisar la estrategia de desarrollo. Esto también significa postular que lo social no se resuelve si no se resuelve lo económico. Lo social puede tener una autonomía relativa de lo económico, pero nunca puede independizarse de éste.

En cambio, si nos conformamos con la simplificación de que el "ajuste" es la causa de todos los males, la propuesta no será otra que dejar de lado dicho ajuste, pese a que el mismo parece necesario aún para gastar más eficazmente los pocos recursos existentes. Cualquiera que conozca el "Estado real" (y no el Estado que nos gustaría que fuera) sabe que es mucho lo que se puede modificar, multiplicando los resultados buscados.

IV. LOS CAMBIOS SOCIOCULTURALES Y LA CALIDAD DE VIDA DE LA TERCERA EDAD

La perspectiva de análisis que venimos sugiriendo nos muestra un buen camino para el análisis de un aspecto de suma relevancia, algo descuidado y al cual hiciéramos mención anteriormente. Nos referimos a un fenómeno de índole sociocultural, derivado de la crisis que sufre nuestra región y que pesa fuertemente sobre nuestros mayores.

La calidad de vida y el bienestar general de la tercera edad requiere de la satisfacción de necesidades socioeconómicas, pero requiere también, en una medida que no siempre se destaca adecuadamente, de satisfactores de índole afectivo, valórico, que sólo un cambio en las pautas culturales de la sociedad en general, y de la vida familiar en particular, pueden proveerlo.

Con el correr del tiempo, la valoración que la sociedad hace de los ancianos ha venido sufriendo deterioros crecientes: de un lugar privilegiado en los consejos que gobernaban la comunidad y una creencia en su sabiduría casi ecuménica, se ha llegado al presente en que suele vérselos como un problema con un fuerte peso en las cargas y muy poco que ofrecer al resto de la sociedad o incluso de su familia.

Esto no puede ser tolerado por la estructura de personalidad del ser humano, dada la importancia fundamental del componente afectivo en esa estructura. El sentimiento de abandono, el maltrato que suelen recibir de sus semejantes más jóvenes, y la percepción de que no tienen un papel que jugar en la sociedad que les retribuya al menos con el derecho de sentirse respetados, puede llevar a una calidad de vida tan depreciada como la de aquéllos que sufren penurias económicas.

Es evidente que estos problemas socioculturales no son independientes de los componentes económicos del problema; dependencia que se manifiesta de más de una manera. En primer lugar, los crecientes y revolucionarios cambios productivos han llevado a que se valore mucho más los nuevos conocimientos técnicos y la capacidad de adaptarse rápidamente a esos cambios que a la experiencia adquirida a lo largo de una vida. Esa experiencia puede convertirse en cambio en un obstáculo para la incorporación de las nuevas técnicas y aún cuando pudiera haber algunos aspectos del proceso productivo que utilicen esa experiencia, nunca se referirán a aspectos centrales de la producción por lo que su valoración social siempre será reducida, sino negativa.

Por otro lado, que los "abuelos" pasen a ser una carga, una molestia, y no un remanso de paz y de cariño que alimenta y

reconforta al grupo familiar, tiene parte de la explicación en las necesidades insatisfechas de los adultos jóvenes de la familia, ya sea porque el presupuesto familiar no alcanza, ya sea porque el espacio físico es demasiado reducido y no hay posibilidades económicas de mudarse a viviendas más amplias, o al tener que alojar a los hijos del matrimonio más joven, porque los que forman nuevas parejas no tienen medios económicos para mudarse a una vivienda propia.

Pero decimos que estos problemas económicos explican en parte el cambio de actitud desde la sociedad y aún desde dentro del grupo familiar hacia los más viejos. Está pasando algo en la integración normativa y valórica de la sociedad que si bien reconoce condicionantes económicas, deben ser separadas analíticamente de los avatares productivos, e incluso deben ser enfrentadas con políticas que reconstruyan el sistema de valores que alberga en su seno principios de solidaridad social; sentimientos de pertenencia a una comunidad integrada; y asignaciones de valores y prestigio que no sean siempre una simple contrapartida de la contribución económica que cada individuo hace a la sociedad o a la familia.

Se trata evidentemente de una tarea larga y compleja y no pretendemos diseñarla en estas reflexiones generales. Nos conformaríamos con crear un cierto consenso que reconozca a esta tarea al menos tanta importancia como las que aspiran a resolver los problemas económicos y la salud física de los ancianos.

Y esta tarea debe ser tarea de todos; del poder político y de la sociedad civil; se ubicará en los niveles económicos, sociales, culturales y psicosociales; debiera comprometer a todos los grupos y fuerzas sociales. Pero hay un grupo o categoría social que debe ser el centro de esta acción, y estos no son más que los ADULTOS MAYORES MISMOS, con el apoyo de las otras fuerzas políticas y sociales. Nos estamos refiriendo obviamente a la PARTICIPACION DE LA TERCERA EDAD, que debe ser protagonizada por ellos mismos, pero ayudada y fomentada por todas las fuerzas sociales y políticas de la sociedad.

V. HACIA LA REINCORPORACIÓN PLENA DEL ADULTO MAYOR A LA SOCIEDAD

Queremos terminar estas reflexiones con la sugerencia de algunas propuestas para nuevas etapas de un plan de acción para la tercera edad en América Latina.

Tenemos la impresión que muchas de las propuestas de políticas y acciones sobre la tercera edad, apuntan en última instancia, a mejorar la situación de una categoría social a la que consideran como ya fuera de la dinámica social. Un grupo de personas "pasivas" que ya estarían prácticamente fuera de la sociedad y que ésta, en el mejor de los casos, trata de asegurarles un retiro confortable. Creemos que el retiro relativo de la función productiva, no debe confundirse con un "retiro" o abandono de su condición de ciudadano o de persona humana con todos sus derechos vigentes.

La óptica central de estas propuestas pasan por poner en el centro de la acción y de las responsabilidades a los adultos mayores mismos. Sin ellos caeríamos muy pronto en un inadecuado asistencialismo y en el manipuleo de las situaciones de los mismos aún, con las mejores intenciones del mundo. Esto no quiere decir, obviamente, que siempre los líderes y constructores de las propuestas sean necesariamente los adultos mayores. (Tampoco los líderes de la clase obrera en la lucha por el socialismo han sido siempre obreros). Pero será necesario hacerlo con una fuerte participación de los ancianos; con su convicción y con la fuerza y la alegría que solo ellos pueden darle.

En esta perspectiva cobran sentido algunas reflexiones que hemos hecho anteriormente en torno a la crisis, a las características del ajuste y las consecuencias de esto sobre la tercera edad. Si la tercera edad debe jugar un rol en el proceso democrático de nuestras sociedades, si debe participar en igualdad de condiciones con otros grupos y categorías sociales, no puede dejar de tener cierta claridad sobre las causas de la crisis para apoyar o combatir medidas relacionadas con algún tipo de solución.

Pasando al punteo de algunas sugerencias para ser agregadas a muchas otras que surjan de este seminario y discutidas en conjunto, deberíamos:

- 1) apoyar la participación política de la tercera edad con resultados objetivos derivados de investigaciones empíricas respecto de cuál es la situación de la tercera edad pre-crisis comparada con la actual; de cómo jugó el "ajuste" en los cambios de situación en esos dos momentos del tiempo; de qué aspectos del ajuste y qué condiciones impuestas desde el exterior son los responsables de una carga diferencial a soportar por la tercera

edad respecto de otros grupos o categorías sociales; (en estos estudios la rigurosidad metodológica es imprescindible: no se puede confundir coexistencia de dos fenómenos con causalidad; no se puede confundir situaciones de coyuntura o datos sincrónicos con resultados de procesos diacrónicos; no se puede dejar de tomar "grupos de control", para observar lo que pasa en los países que hicieron ajuste, pero también en los que no lo hicieron o en los que adoptaron medidas diferentes).

2) apoyar el diseño de políticas sobre empleo para la tercera edad con investigaciones respecto de cómo la crisis afectó, tanto las necesidades de los mismos de obtener empleo, como sus posibilidades de obtenerlo. Aquí es necesario diferenciar la vocación por seguir activo de la imposición de continuar trabajando por necesidades económicas. Sin este control que debe resguardarse metodológicamente, una mayor tasa de actividad puede ser tanto el fruto de un mejor acceso al mercado de trabajo satisfaciendo las vocaciones de la tercera edad, como un empeoramiento de la situación económica de la misma. La valiosa información recogida por la OPS con la colaboración de varios países de la región, permitiría un buen punto de partida para esta investigación, aplicando una metodología adecuada al tratamiento de esos datos.

3) apoyar el diseño de políticas que sirvan para asegurar un ingreso económico a la tercera edad, a través de estudios que contribuyan a la vigencia de un sistema de jubilaciones y pensiones seguros y durables en el tiempo, con las debidas actualizaciones en su poder de compra. Para esto, dilucidar entre ventajas y desventajas de un sistema de reparto o capitalización, o combinaciones de ambos, así como proponer medidas que aseguren un control a las imposiciones previsionales evitando las frecuentes evasiones, son de la mayor importancia para una participación seria y fundada de la tercera edad en el diseño de estas políticas, mucho más allá que las solas manifestaciones ruidosas.

4) apoyar el diseño de políticas para recuperar el bienestar psico-físico de la tercera edad con investigaciones que tiendan a superar la desvaloración social de la tercera edad. Estas investigaciones, al igual que las anteriores propuestas, deben apuntar a la acción, por lo cual el diseño de las mismas deben asegurar que sus resultados sean útiles para el diseño de políticas. En este caso, junto con descubrir las causas de esta cultura que no integra a los ancianos al tejido social, deben proponerse un cuerpo de medidas que, según los antecedentes recogidos en esas investigaciones, aseguren revertir esa situación con modificaciones en los valores culturales, pautas de costumbres y hábitos cotidianos en el trato a la tercera edad.

5) apoyar el diseño de políticas que lleven a una fuerte participación de la tercera edad, tanto en los problemas generales de la sociedad (políticos, económicos, sociales y culturales), como en la organización de programas de entretenimientos para el uso de

su tiempo libre, y de toda aquella otra actividad que lo haga sentir que vuelve a tener el protagonismo que alguna vez tuvieron en el ámbito de la familia, de sus amigos, de su barrio o de instituciones más globales de la sociedad. Además, como no siempre se ha tenido un aceptable protagonismo en la vida de adultos jóvenes, no hay que descuidar la motivación para que se incorporen a la participación en sus diferentes formas, aquellos que por inercia creen que la participación es para los políticos o los dirigentes pero no para los ciudadanos comunes como ellos.

6) apoyar el diseño de políticas que apunten a la integración familiar y a la reincorporación plena de los adultos mayores a las mismas. Esta tarea comprende también la recomposición de la red de solidaridad social, intra y entre familias y grupos sociales. La misma tiene claros matices culturales, aunque no pueden descuidarse los factores económicos que han llevado a cierta desintegración familiar que acompaña a la desintegración societal.